Odiamos las leyes porque no son otra cosa que la expresión de la voluntad, conveniencia, o capricho de los que las dictan. Todos sentimos la ley natural o impulso interior de respetar y ayudar a nuestros prójimos, y esta ley es lo suficiente para nuestras relaciones sociales.

Odiamos todas las religiones; porque además de imponer la autoridad de seres cuya existencia nunca nadie pudo probar, matan el pensamiento, e inculcan la resignación, la humillación, el acatamiento a cuantas vejaciones les sean impuestas, siendo así el más poderoso sostén de todas las injusticias que padecemos.

Odiamos las patrias, causa de irracionales egoismos, y de feroces guerras, en las cuales los hombres sin conocerse ni haberse nunca hecho mal, se despedazan con más ensañamiento que las fieras. Una sola es la Tierra y una sola Patria debe de existir: la Patria Universal.

Odiamos, en fin mil cosas más que sería largo y cansado enunciar.

Pues bien; porque odiamos todo eso, y porque anhelamos establecer una sociedad en que nada de eso exista, sino que por el contrario, reine la abundancia y el bienestar para todos (lo cual es posible, pues si hay falta para unos, es porque otros derrochan) por eso somos anarquistas; cuyo nombre lo mismo que el de ácratas, quiere decir: amantes de una Sociedad en la que no exista más gobierno ni más autoridad que el de la inteligencia y la sensibilidad de cada individuo. Somos asimismo libertarios, porque aspiramos a vivir en libertad absoluta, sin más restricciones en la satisfacción de nuestras necesidades y deseos que las impuestas por la misma Naturaleza, esto es, las que exigen la conservación de nuestra salud, y el respeto a los derechos o necesidades de los demás.

Con respeto a los medios que conviene emplear en la lucha por la implantación de nuestros ideales, consideramos imprescindible la "acción directa", esto es, que cada individuo luche por sí mismo, ya aislado, o bien en sociedad con sus iguales; pero sin delegar ni facultar a ningún comité, a ningún jefe ni jefecillo, para obrar en su nombre, imponiendo después sus acuerdos o arbitrajes, que pueden ser acertados o no, y que conviene que sean examinados y discutidos antes de ser aceptados. Queremos asociaciones que se propongan ayudar a los individuos en la lucha, y que no lo coarten ni impidan su libre acción, como sucede en muchas de las hoy existentes, en las que sólo se exige disciplina y acatamiento a las disposiciones de unos cuantos que se convierten en únicos dictadores.

En cuanto a los atentados, los anarquistas no los recomendamos a nadie. El que los considera necesarios, y tiene disposición para llevarlos a la práctica, a nadie pregunta, ni a nadie compromete, por su cuenta y riesgo lo hace. Muchos de los que los critican (aparte de los que pertenecen a las clases sociales, a los cuales se dirigen) lo hacen porque ellos no son capaces de realizarlos, o porque temen que les carguen algo de culpa.

Están muy equivocados los que creen que sólo son anarquistas los que arrojan bombas, o ejecutan cualquier acto de violencia. No consiste en esto el ser anarquista, sino en sentir los odios y amores arriba mencionados, y en luchar por ellos, empleando los medios que más se armonicen con el carácter de cada cual.

Nadie es más enemigo de la violencia, ni más amante de la paz que los anarquistas; pero como esta paz no se nos concede, no para impedir que hagamos propaganda de nuestras ideas pues comprenden que por ser muy justas y razonables, son fácilmente aceptadas por el proletariado en cuanto llega a comprenderlas, nos hacen la más ignominiosa violencia; nosotros tratamos de romper esta violencia con los medios que están a nuestro alcance aun cuando desearíamos emplear otros.

Si se nos permitiera expresar libremente nuestras ideas, (lo que no es ningún crimen) los atentados perderían su razón de ser. ¡Pero se tiene tanto miedo a la Verdad!

Grupo Anarquista,
Ni Dios ni amos

Sama de Langreo

Nakens y Anselmo Lorenzo

Salgo de casa de Nakens y, por asociación de ideas, me acuerdo de ese viejo sublime que se llama Anselmo Lorenzo, zarandeado hoy de un modo inicuo por algunos periódicos con motivo de la huelga de Barcelona.

Nakens come sobre sus libros, le sirven de colchón y muchas veces ha dicho que morirá sobre ellos. Anselmo Lorenzo no piensa, tampoco, en otra cosa. Es un iluminado. Ha odiado la política, el servilismo social, las exigencias galantes del ciudadanismo, los mismos torturadores ligámenes de la familia. Esto no quiere decir, sin embargo, que no sea su casa un nido de viejos amores, que arropado en su americana verdosa, siempre de invierno, no sea el anciano escritor un romántico exquisito, un ilustre forjador de fantasías sentimentales.

Dicen que le han preguntado lo que pensaba de la huelga, y él ha contestado: "Me parece muy bien".

¿Cómo no ha de parecerle bien a Anselmo Lorenzo todo lo que es protesta, todo lo que es ansia de renovación, todo lo que tiende a libertar al que trabaja de los lazos opresores del capital? ¡Si no ha pensado otra cosa en toda su vida! Si toda la sabia y simplicísima doctrina de Anselmo Lorenzo se resume en estas palabras: Amor, amor y amor.

"¡Ah"! Esto pasó—dicen los escépticos de academia—; estas concepciones anarquistas no puede mantenerlas ya más que un pobre viejo que haya vivido mucho en los espacios de la fantasía y poco en las aridecesde nuestra condenada tierra..."

Esto pasó, como pasan las golondrinas cada primavera rozando nuestras cabezas, para volver al año siguiente. Hombres de hierro por fuera, todo amor, por dentro, como Lorenzo y Nakens, se repiten en la historia de los grandes ascetas, como se repiten los filósofos, como se repiten los poetas y los hombres de ciencia.

Pasan los acontecimientos políticos como las películas de un cinematógrafo; de vez en vez,dais con un hombrón trágico al principio, cómico después, que os engaña con suavidad y desaparece.

En la vida os lo sofistican todo: el agua, el pan, la carne, la leche, los literatos, los filosófos, los políticos, sobre todo los políticos. Lo único que no os sofistican son esos hombres de acero que templaron su vida al calor de una conciencia generosa y dieron todo lo que tenían, quedándose sólo con el corazón.

A muchos ascetas se les ha llamado locos; Lorenzo y Nakens han sabido evitar esta caída. Son místicos, son sentimentales, son fuertes de alma, son generosos: pero también son hombres. Bien lo demostraron en su juventud. Hoy son como dos voces venidas de lugares lejanos como dos visiones invocadas por la humanidad doliente. La idea del movimiento de la tierra valió a Galileo una terrible condena: otra a Servet la idea de la circulación de la sangre; poco le faltó a Colón para no morir a manos del Santo Oficio y enterrar con su muerte, por una temporada que quizá no habría terminado todavía, la aparición solemne del Nuevo Mundo. Pero hubo, y hay, hombres que no inventaron nada, que no hicieron más que mantener una vieja doctrina moral en medio de la vorágine de los vicios terrenales, y, sin embargo, fueron perseguidos y mártires. Se condenó a Sócrates a beber la cicuta; se dió a Séneca la más injusta de las muertes; Jesús fué clavado en la cruz...

Y ¿qué decir de aquellos cuyo martirio fué la misma vida, adogalada por el hambre, por las privaciones, por el odio, por las amagazas traidoras de sus enemigos, por el ambiente de enemistad, de protesta sistemática, de asfixia, que les ha envuelto?

¡Pobre Nakens! Ha vivido más que ninguno de nosotros.

¡Pobre Anselmo Lorenzo! Le han negado el derecho a vivir; pero ha vivido también en el arca de oro de sus idealismos. Y entre las sombras de la situación presente, en medio de ese estado de tensión nerviosa constante que nos abruma, acosados por la amenaza de los unos y los temores de los otros, esas dos figuras, únicas en España por ahora, aparecen como dos sublimes conjuros, como dos extrañas profecías.

Ellos tan grandes, tan impuestos de su misión en la tierra, y nosotros tan junto a la vida, tan poco apercibidos para las grandes excelencias...

—Es que son tan misteriosos—añaden los filósofos de academia socarronamente—que no les comprendemos.

No; no es ésto. Es que nosotros no tenemos fe. La hemos perdido con la política. Y ellos no fueron políticos nunca. Estos hombres de superior linaje triunfan con su independencia. De ahí su vida inmaculada y su muerte virgen.

ARTURO MORI

(De *El País*, de Madrid)

Exposición de raza canina

¡Cuántos y significados escritores habrán dedicado extensos detalles a esta importante variedad doméstica-da! Los hay en ella que jamás se rebelan contra su amo a pesar de maltratarles éste y tenerles en continua explotación. La voz de su amo les parece un mandato celeste y desobedecerle sería cometer la más condenable acción. El desfallecimiento del estómago perpétúa mas su humildad.

Un hueso ha bastado para acallar los aullidos y suavizar su cólera. Esta falsa filantropía les embadurna.

A pesar de que colgados horizontalmente sus puntiagudos y salientes huesos podrían servir de guardarropía, aquella fingida bondad les priva de todo movimiento noble. En ladrar y morder está su salvación.

Esperamos ver la apoteosis final de esta ejemplaridad antigua.

Pero, ¡oh, Hacebell!

En este país desgraciado pulula una bandada de estos bichos, que al parecer quieren testificar su rareza.

Con aquella sinvergüencería que les es propia, aunque se esté desprovisto de queso, siguen detrás de quienes sólo al ver su sombra les produce náuseas, y si alguna vez hemos tenido ocasión de examinar sus despreciables colmillos, les hemos notado un gran amor al hueso, cuyo producto restante les importa poco que no les pertenezca.

Pues ese bicho raro olfatea todos los rincones y generalmente vive dentro de la corrupción, elemento principal de su arte. Nosotros imiamos a un perro especial, tránsfuga del collar rojo, exterminador de una raza superior, a que se cuide de esta singular y ruin especie.

Si tuvieran sentido común, (cosa que les negamos porque sus ridiculeces atestiguan lo contrario) les diríamos sin rodeos: "el grupito que vigiláis goza de buena salud", saboreando con grandes risotadas las ni cursis planchas que vuestra raza comete; pero como desgraciadamente no entienden de razones, quieren hacer prevalecer su fuerza, arma de que deberíamos servirnos todos. Alguien ha dicho que la razón no basta.

Por bien del país consideramos que sería más eficaz la obra de esos cuadrúpedos si se colgaran del cogote un respetable guijarro y fueran a conquistar sus ambiciones al fondo del mar.

Vuestros arañazos de antaño no dieron gran resultado.

Sois testigos de vuestra inutilidad.

La opinión os desprecia. ¡Uf! esos animaluchos.

Por el grupo "Hacia la Anarquía".

J. V.

Palamós.

Acción anarquista

Nada hay que haga sufrir tanto a nuestros adversarios, llámense rojos o negros, como nuestra obstinación en las ideas y en nuestros métodos de acción. Ellos nos quisieran adaptados al régimen capitalista con su opresión económica, con su tiranía política y con sus engaños dogmáticos. No conciben que el anarquista sea íntegro, que sostenga a capa y espada sus concepciones filosóficas y sociales porque lo imaginan un ser idéntico a la generalidad de los individuos que cual carneros de Panurgo se someten al amo que los explota, que los tiraniza, que los oprime...

Pues bien; hoy con más potencia que nunca nos sentimos anarquistas en el orden de las ideas y en el orden de la acción.

Nuestra acción es de transformacion social y humana; acción integral en todos los órdenes de la vida, acción contra el Estado como representante del principio de autoridad, contra la propiedad privada, base en que descansa la desigualdad social, contra la iglesia, contra la moral colectiva y contra todo lo que sea un obstáculo al libre desarrollo del individuo y de los agregados sociales.

Nosotros tenemos el mérito de no haber prostituido nuestros métodos de lucha y nuestras ideas y de haber visto claramente la desviación en que han caído no pocos sentimentales que se llamaban anarquistas cayendo en el reformismo y la generalidad de los marxistas que se han entregado atados al parlamentarismo que los ha inutilizado como fuerza revolucionaria y creadora.

Para el anarquista la cuestión social es una cuestión eminentemente humana, cuestión de educación, de capacidad y de transformación. Sin las dos primeras no es posible conseguir la tercera.

Y es lógico. Si como sostiene Kropotkine "la anarquía es una concepción del universo, basada en una interpretación *mecánica* de los fenómenos que abarca toda la naturaleza comprendida en ella la vida de las sociedades humanas y sus problemas económicos, políticos y morales" su método ha de ser el mismo del de las ciencias naturales, y, por consecuencia su acción ha de ser diferente en la forma y en el fondo, de la de todos los partidos y agrupaciones políticas sean burguesas o socialistas, puesto que lo mismo los unos que los otros no se han sabido o no han querido separarse de las rancias ficciones metafísicas.

Dado esta concepción científica del ideal anarquista es necesario afirmar que aunque haya nacido entre la masa del pueblo como consecuencia de la lucha eterna por la redención, ella arranca no de la metafísica económica de Marx, sino de las ideas vertidas por filósofos escoceses y franceses a mediados del siglo XVIII que produjeron un gran despertar del pensamiento, dotado a las inteligencias del deseo de reunir todos los conocimientos humanos en un solo sistema general: el sistema de la naturaleza.

Siendo la Anarquía, entonces, toda una concepción del Universo, es lógico que la acción anarquista sea de educación intelectual y moral, de revolución material y por consecuencia de transformación integral.

Sabemos que para que se opere esa transformación es necesario abolir todos los privilegios políticos y económicos que condenan a una mayoría inmensa de hombres a la más dura esclavitud; que hay necesidad de abolir el Estado con toda su organización gerárquica y burocrática proclamando la comunidad del suelo, del subsuelo y de todos los medios de vida llegando a la emancipación total del hombre, libre de todas las opresiones y de todos los yugos.

Pero para que esta transformación sea un hecho real es necesario que se opere una gran revolución moral que destruya en el cerebro de las multitudes, todos los prejuicios que las hacen esclavas; es necesario que se haga en el pueblo una conciencia anarquista, para así, instaurar una era de justicia, de amor y de dicha. Es necesario, en una palabra, que la anarquía conquiste el alma de las multitudes para poder llegar a la solución del magno problema.

Para que esto sea una realidad pronto, es de necesidad se haga constantemente acción anarquista en medio de las multitudes, obrando con el pensamiento y el brazo, iniciándolas en la obra revolucionaria, haciéndoles perder la confianza en el Estado por medio del descrédito, procediendo contra las leyes, propagando la caducidad del parlamentarismo, de la magistratura y de todas las instituciones burguesas, negando eficacia a las reformas sociales y accionando contra todos los hombres y cosas que pretendieran alargar la vida de la sociedad capitalista.

Esta es la acción que propician los anarquistas y de ella ha de surgir la felicidad para la humana especie, con la solución definitiva de todos los problemas que darán fin a los dolores y las miserias que han atormentado a la humanidad a través de los siglos.

Entonces, será la Anarquía.

ANTONIO LOREDO

Tenemos para la venta los siguientes folletos, que pueden adquirirse en esta administración y cuyo precio se detalla a continuación:

La Anarquía triunfante, por Anselmo Lorenzo. . . . . 0'10
Aspecto social de la lucha contra la tuberculosis, Doctor Queralté. . . 0'25
La anarquía ante los tribunales, por Pedro Gori . . . . . 0'15
¡Cómo nos disemos!, Vicente March. . 0,50
El derecho a la evolución, por Anselmo Lorenzo. . . . . 0'10

A los corresponsales y paquetería, se hace el 30 por 100 de descuento, excepto el del doctor Queralté, que es el 50.

Al extranjero se cargará el franqueo.

Los giros de cantidades se harán a nombre del administrador de TIERRA Y LIBERTAD, en letras, libranzas de giro mútuo, giro postal o sellos de correo; en este último caso certificando la carta.

NOTA.—No servimos ninguna suscripción que no venga acompañada del importe.

Más "Bellezas"

Así. Con letra mayúscula. "Bellezas sublimes" estas de América que no "entusiasman" a nadie, pero que existen. No "entusiasman" porque nadie es capaz de entusiasmarse... a pesar de la "grandilocuencia" de *Las grandezas*

— 50 —

con mucha gente, y poseyendo una reputación de ciudadano leal y tranquilo, tengo cierta influencia y alguna autoridad entre mis conciudadanos, aunque me esté mal el decirlo.

STOKMANN

Lo sé perfectamente, querido Aslaksen.

ASLAKSEN

Ya ve usted, pues, que me sería muy fácil recoger algunas firmas.

STOKMANN

¿Firmas?

ASLAKSEN

Sí, recoger unas cuantas firmas para darle las gracias por haber esclarecido este importante asunto. No hay que decir que la forma del documento será *moderadísima*, a fin de que nada pueda disgustar a las autoridades y a las personas influyentes. Y ya verá usted, como, a pesar de esa precaución, ello no valdrá algunas enemistades.

HOVSTAD

Sobre todo si hay algo que les escueza.

ASLAKSEN

No, nada de eso, nada de injurias a las autoridades; nada de oposición contra esas gentes que podrían perjudicarnos. He hecho muchas veces la oposición durante mi vida y nunca me ha resultado nada bueno. Sencillamente declaraciones razonables y francas de los ciudadanos que no pueden ser prohibidas si ofenden a nadie.

STOKMANN

(Apretando la mano de Aslaksen.) Y no sé cómo expresarme, querido Aslaksen, lo que me satisface encontrar esas simpatías entre mis paisanos.

— 52 —

CATALINA

Crees tú que sea necesario.

STOKMANN

¡Cá! pero siempre estulare y es una seguridad saber que cuento con el apoyo de la prensa liberal e independiente. Y más todavía. Aunque parezca raro, acabo de recibir la visita del presidente de la sociedad de propietarios.

CATALINA

¿A qué ha venido?

STOKMANN

A ofrecerme también su apoyo. Todos han prometido sostenerme en caso de apuro. ¿Y sabes Catalina con quién puedo contar?

CATALINA

¿Con quién?

STOKMANN

Pues casi menos que con la mayoría compacta.

CATALINA

¡De veras! ¿Y eso es bueno?

STOKMANN

Ya lo creo. Magnífico. *(Frotándose las manos. Con satisfacción.)* Es hermoso tener al rededor como colaboradores sólidos, a todos los ciudadanos.

PETRA

¿Y no es hermoso también, querido papá, hacer tantas cosas útiles y buenas?

STOKMANN

Sobre todo para los muchachitos de mundo desde hemos nacido. ¿Verdad? *Llaman a la puerta.*

— 54 —

HOVSTAD

Confiamos cuente usted con él. Y ahora adiós querido doctor.

STOKMANN

Hasta la vista, Hovstad. Ya verá usted cómo me basta solo.

HOVSTAD

¡Hum! ¡Veremos! *Saluda y sale por la izquierda.*

ESCENA VII

STOKMANN, CATALINA y PETRA

STOKMANN

(Abriendo la puerta del comedor.) ¡Catalina! Ah! Ya ha venido Petra.

PETRA

(Entrando.) Sí, acabo de llegar de la escuela.

CATALINA

(Aparece.) ¿Aun no ha venido?

STOKMANN

¡Pedro! No, no ha venido todavía. Ahora acabo de hablar largamente con Hovstad, y está entusiasmado como con mi campaña. Me ha asegurado que tendrá grandísima resonancia; mucho mayor de lo que yo pudiera figurarme. ¡Ah! también ha puesto a mi disposición el periódico, por si necesito de él.

— 51 —

ASLAKSEN

Nada más justo, señor doctor; y ahora me permitirá usted que vaya a visitar a algunos propietarios a fin de prepararlos.

STOKMANN

Es usted muy amable; aunque de todos modos, repito que no creo necesarios todos esos preparativos. Me parece que el asunto de que tratamos ha de marchar por sí solo.

ASLAKSEN

No lo crea usted, señor doctor; las autoridades trabajan a paso de tortuga; y no vaya eso como reproche.

HOVSTAD

Esté usted tranquilo, que ya las fustigaremos mañana desde el periódico.

ASLAKSEN

En todo caso hágalo usted con *moderación*, pues de lo contrario no lograría ponerlas en movimiento. Crea usted mi consejo, que es hijo de mi experiencia. Y ahora quedese usted con Dios, y ya sabe que a todos nosotros humildes ciudadanos nos tiene a su lado firmes e inquebrantables como una muralla. Y usted, señor doctor, puede contar con una mayoría compacta.

STOKMANN

Un millón de gracias, querido Aslaksen. *(Le da la mano.)* Hasta la vista.

ASLAKSEN

¿Viene usted conmigo a la imprenta, señor Hovstad?